

Dossier Aniversario: Mi juego favorito

Patricia Sarlé

Si esta pregunta me la hubieran hecho unos meses atrás, probablemente hubiera mirado mi caja de juguetes de la infancia, las muñecas y su ropero de vestidos, las figuritas, los juegos de Brisca con la abuela en las siestas de verano. Pero hace unos meses, por causa del Covid-19, partió mi amiga Viviana y entonces, el recuerdo se centra en ella, en las tardes de juegos compartidos y en las charlas que acompañaban esos juegos. Viviana era cordobesa y venía a casa una vez por mes. Yo viajaba a Córdoba cada verano. En nuestros encuentros siempre reservábamos un rato para jugar. A Viviana le encantaba jugar a la Canasta.

Para los que no lo conocen, la canasta se juega con dos mazos de barajas francesas. El objetivo es crear grupos de cartas del mismo valor –7 forman canasta – y finaliza cuando uno de los jugadores descarta todas sus cartas. Cada carta tiene un valor específico y durante el juego, los jugadores tienen muchas en su mano. En el reparto inicial recibe 15 y en cada turno roba dos cartas más del mazo y descarta una. A medida que va pasando el juego, el mazo de descarte va aumentando y los jugadores pugnan por robarlo. Un complicado sistema de puntos a favor y en contra ligados a los 3 rojos y negros, la cantidad de canastas puras o impuras, los números con los que se armó cada juego, le otorga ritmo y estrategia a la partida.

Me encantaba jugar a la Canasta hasta que comencé a hacerlo con Vivi. Las dos teníamos objetivos totalmente diferentes. A mí, me encantaba armar abanicos con las cartas, juntar pares para robar el pozo cuando estuviera lo suficientemente alto, tener muchas canastas antes de cortar. Vivi jugaba para ganar e indefectiblemente lo hacía. Bajaba de golpe todas sus cartas, robaba siempre el pozo de la manera más inesperada o lo trababa cuando yo estaba ya en condiciones de hacerlo. Mientras yo estaba atrapada en organizar mis cartas y disfrutar haciendo canastas, ella hacía cortes rápidos y fulminantes. Nuestras partidas siempre terminaban igual. Yo con millones de cartas en la mano que no había bajado esperando robar el pozo. Ella con una o dos canastas, las suficientes para salvar los tres rojos y cortar. Yo diciendo, “así no se juega” y ella riéndose de mis enojos por ser una y otra vez atrapada de la misma manera.

Un día le dije, “Yo, con vos, no juego más sola”. Y así fue. Si lográbamos ser cuatro, jugábamos. De lo contrario, el mazo de cartas españolas nos trezaba en interminables partidos de Chin-Chon. Las barajas francesas quedaban en un costado a la espera que



vinieran nuevos jugadores para completar el grupo. Yo veía a Vivi mirar de reojo las cartas y tratar de proponer sólo una partida. A veces, lo conseguía y el juego se iniciaba con la promesa de que esta vez, me iba a dejar hacer Canastas antes de cortarme. Porque las dos sabíamos que nuevamente me iba a ganar.

En mayo, Vivi partió. Sobre la repisa de juegos están las cartas que me regaló y que usábamos para jugar cada vez que venía a casa. Todavía me cuesta imaginar mis próximas vacaciones sin ella y sin Canastas fallidas. Pero atesoro las risas y las discusiones por su forma de jugar; el tiempo compartido y perdido tan valiosamente jugando. Esas tardes en que los abanicos de cartas nos escondían la cara para que la otra no se diera cuenta el juego que estábamos armando, los papelitos donde íbamos anotando los puntajes de cada partida y quedaban guardados con el mazo para continuar en el próximo encuentro, el compartir los hechos cotidianos de la vida entre turno y turno... son uno de los regalos que recibí de ella. Cada vez que llamo a su casa, sus hermanas me dicen, te esperamos para continuar la partida. Y así es. Esos juegos son parte de nuestra memoria compartida. Misterio de la vida jugada intensamente y con pasión. El juego como espacio de encuentro y risa atesorada.

